

México-Japón

Nuevos equilibrios regionales

Antonio Navalón

México y Japón juegan un papel central en el equilibrio económico del planeta. Situados junto a las dos grandes potencias económicas del siglo que comienza —China y los Estados Unidos—, ambos países están destinados a buscar un equilibrio virtuoso en el mapa económico. Analista político, periodista y editor, Antonio Navalón explora aquí las posibilidades de México y Japón frente a los retos del tercer milenio.

Los Estados Unidos iniciaron la Guerra de Vietnam por un grave error de apreciación: basándose en la experiencia de la Guerra de Corea, quería evitar a toda costa que a través de un triunfo en Vietnam la China comunista arrastrase, uno a uno, a los países asiáticos —con excepción de Japón—, hacia la órbita comunista.

Todo falló..., ni China soportaba a Ho Chi Min, ni era posible un escenario de contagio generalizado de la guerra ideológica comunismo *vs.* capitalismo. Después hemos sabido que las luchas internas entre la China de Mao y la URSS de Breshnev dejaron a Hanoi con muy poca ayuda en la última guerra de liberación colonial de la Historia.

La Teoría del Dominó no se cumplió desde el punto de vista ideológico, político o militar, pero desde el punto económico, comercial y social ha terminado por

consolidarse. Paradójicamente China está hoy no solamente en el centro de la política asiática, sino en la *teoría del dominó comercial y financiero del mundo*.

Al desentrañar este nuevo mapa mundial, cuyo eje fundamental está en la economía de mercado, es inevitable hablar del papel que Japón y México pueden y deben jugar no solamente en el orden comercial y económico respecto a su relación bilateral, sino básicamente en relación a la Zona Pacífico y su liderazgo regionalista frente a los grandes participantes de este juego: China y los Estados Unidos.

Tanto Japón como México tienen en común la íntima relación que en la formación de sus espíritus nacionales les ha acarreado su relación con los Estados Unidos. Tanto el México moderno como el Japón moderno son hijos de guerras perdidas frente a los Estados Unidos.

Países de milenaria historia, tanto Japón como México han necesitado objetivos nacionales por encima de la conquista de bienes materiales para dotar de paz y de felicidad a sus pueblos. El respeto a la Historia y a lo que *se es* por encima de lo que *se tiene* o donde *se está*, ha sido una característica determinante.

Ambas democracias detentan un historial reconocible y reconocido de solvencia y responsabilidad internacional, no obstante, su realidad descansa sobre los resabios de crisis económicas que marcaron la última década del siglo xx.

En los años noventa México parecía florecer. Era un ejemplo frecuentemente citado por lo acertado de sus políticas económicas; el aumento en los flujos de inversión extranjera directa (IED) y el comercio permitía que las autoridades mexicanas presumieran el equilibrio económico, sostenido —no obstante— con una moneda sobrevaluada y un déficit de la balanza de pagos financiado con flujos de capital a corto plazo.

Las reservas cayeron a niveles tan bajos que la devaluación fue inevitable y el sistema financiero internacional tembló con el *efecto tequila*. 1994 terminó en medio de una grave crisis económica, social y política que provocó la huida de inversiones y la reducción de los flujos comerciales; el desempleo abierto pasó del 3.6 por ciento al 7.6 por ciento en sólo diez meses.

Mientras, la economía japonesa vivía su propia economía burbuja; luego de una constante apreciación de su moneda, se cocinó una crisis de alto nivel que explotó en 1991. Su crecimiento anual pasó del 4.4 por ciento al 1.1 y el desempleo pasó del 2.5 al 3.2 por ciento. Hoy se estima en cuatro puntos porcentuales.

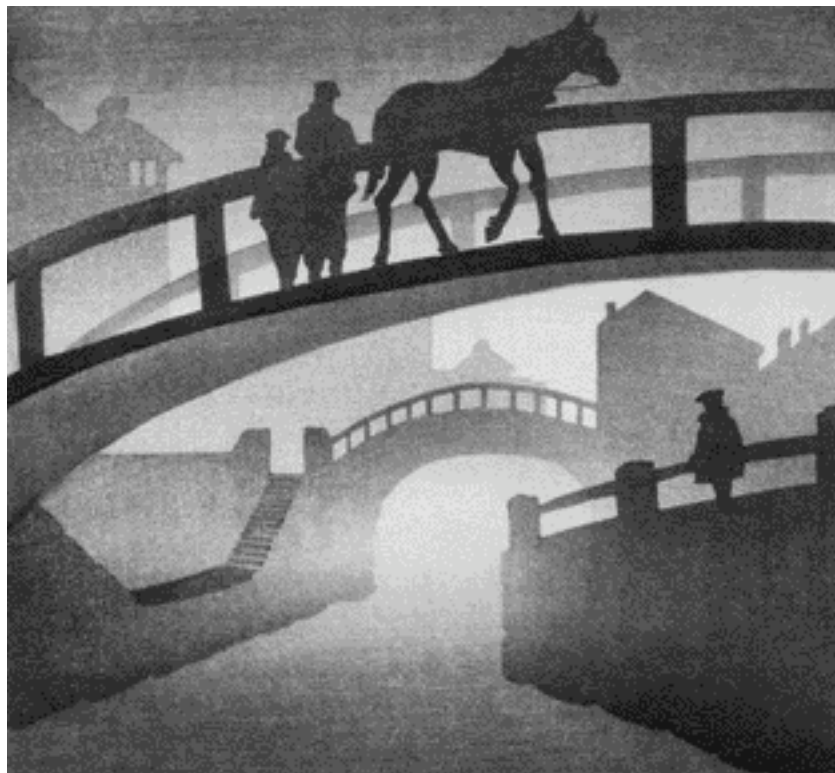
Tanto en México como en Japón la inestabilidad económica fue precedida de crisis bancarias, observando características muy semejantes, entre las que destaca el enorme flujo de capitales a escala internacional generados por las operaciones fuera de balance de los bancos.

En 1997 una nueva crisis azotó a Asia; las autoridades japonesas fueron sometidas a intensas presiones internacionales para acelerar las reformas y reestructurar el sistema bancario. Lo mismo ocurrió en México.

Hay quien todavía sostiene que las consecuencias de esta crisis han dejado muchos pendientes que permiten acusar la falta de un modelo que hoy acompañe el desarrollo de un liderazgo tanto de Japón para Asia como de México para Latinoamérica.

Esto es una verdad parcial, la crisis es más profunda que los simples fallos de parámetros del sistema. La crisis es del sistema.

Económica, política y socialmente Japón y México han cumplido la tarea —con distintos grados de éxito y acierto—, según las normas dictadas por los organismos supranacionales encargados de establecer las políticas públicas y los comportamientos sociales.



Carol Jessen, *Morning Mist*, 1982

Japón es para el mundo occidental —y no sólo para México—, el puerto más seguro y confiable para arribar al futuro. A diferencia de otros modelos, que han tenido más impacto mediático y sin duda una enorme importancia global, como el Chino, el triunfo total de la cultura democrática y la convicción de la cohabitación con el mundo occidental le da a Japón un papel de liderazgo equilibrador en el escenario mundial de este siglo.

Si el siglo xx fue determinado por la influencia que el Océano Atlántico Norte ejerció sobre la historia del mundo, el siglo xxi, donde la globalización y el conocimiento son la máxima posesión de los pueblos, navega por el Océano Pacífico.

La relación comercial México-Japón tiene las fortalezas necesarias para desarrollar riqueza y estabilidad no sólo para ambos países, sino como un factor de equilibrio, en un mundo que desde el 11 de septiembre del año 2001 busca elementos que le permitan entender y asumir el nuevo papel que jugarán los Estados Unidos.

Durante el periodo 1970-1989 tanto Japón como los Estados Unidos se especializaron en su comercio internacional, creciendo exponencialmente sus exportaciones basadas en productos que impulsaron el desarrollo tecnológico y la generación de conocimientos (microelectrónicos y de telecomunicaciones).

En el último tercio del siglo xx inició una reconfiguración de las esferas de influencia a nivel regional, avanzando mediante acuerdos de libre comercio o con abiertos procesos de integración económica.

Las empresas estadounidenses, luego de las crisis económicas de los años noventa, aprendieron la lección japonesa y destinaron alrededor del 20 por ciento de su producción total a la industria maquiladora, aprovechando a menudo las normas de origen del TLCAN para instalarse en la zona fronteriza de México.

Aunque Japón permaneció como espectador de la escena internacional hasta 2002, cuando firmó su primer acuerdo bilateral con Singapur, ello no significa que no tuviera vínculos con los países de la región.

Desde 1993, Japón enfocó sus inversiones en la zona de Asia oriental, 60 por ciento de todas sus productoras manufactureras se encontraban en esa zona, sembrando el notorio crecimiento económico que hoy protagoniza la región.

Las relaciones graduales en términos productivos y de flujos financieros producto del desarrollo de sus inversiones en los llamados países de reciente industrialización permitieron aumentar la representación japonesa en Asia Oriental, en especial en China.

Hoy China, con Hong Kong incluida, es el principal socio comercial de Japón al relevar a los Estados Unidos, que ocupó ese lugar durante la segunda mitad del siglo xx.

La inversión directa de Japón en China creció un 20 por ciento en 2005, el mismo año en el que se vivieron las mayores protestas antijaponesas desde que exis-

ten relaciones diplomáticas entre ambos países, y algunas proyecciones señalan que habrá un incremento del 10 por ciento anual sostenido durante los próximos años.

Los analistas no perciben esto como una amenaza, sino como un reflejo de los avances en la división estructural del trabajo entre ambos países, que han superado la fase del mero intercambio de productos acabados: artículos chinos montados con maquinaria, materiales y tecnología japonesa.

Por otro lado, muchos de los productos japoneses fabricados en China forman una parte considerable de las exportaciones a los Estados Unidos, por lo que considera a China responsable de casi el 25 por ciento del total de su déficit comercial.

La creciente producción de los fabricantes japoneses en China tiene un destino triple: el mercado japonés, los mercados de terceros países, especialmente los Estados Unidos, y el propio mercado interior chino.

La reconfiguración geográfica ha llevado frecuentemente a señalar que la manufactura japonesa en los Estados Unidos se ha reducido, en especial la industria de tecnología de punta, sin embargo, no se trata más que de un desplazamiento de la capacidad productiva: empresas japonesas con sello estadounidense.

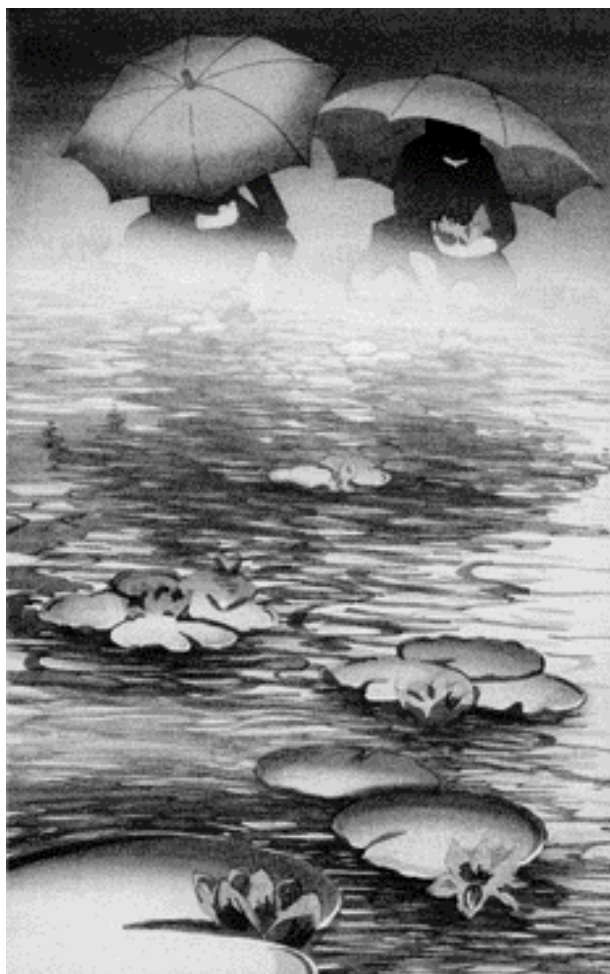
Las transnacionales japonesas se han especializado geográficamente y orientan su producción de acuerdo a sus mercados: Asia destinada al mercado interno y la exportación y América Latina y Europa al mercado local.

México es el destino de inversión número 23 de Japón, lo que podría parecer mínimo frente a su inversión en países como Inglaterra con el 39.4 por ciento o los Estados Unidos con el 25 por ciento, sin embargo, es necesario recordar que la mayor parte de la inversión japonesa proviene de empresas establecidas en los Estados Unidos, por lo que se estima que la inversión japonesa total en México asciende al 20 por ciento del total.

México es el primer socio latinoamericano de Japón. Impulsado por el Acuerdo de Asociación Económica (AAE) —con vigencia desde 2005—, el comercio bilateral entre ambas naciones ha crecido a una tasa superior al 30 por ciento.

El monto acumulado de la inversión japonesa en México es mayor al de cualquier otro país, salvo el de los Estados Unidos; en los últimos diez años la industria japonesa ha anunciado inversiones por diez millones de dólares.

Cada semana se realizan más de cuatrocientos vuelos entre los Estados Unidos y Japón, sin embargo, el único vuelo directo con destino a Oriente está aquí. Desde noviembre pasado, Aeroméxico inauguró el primer vuelo latinoamericano directo a Japón, con lo que no sólo reafirma la presencia de nuestro país en Asia, sino que fortalece los lazos culturales y comerciales



Carol Jessen, *Reflections*, 1985

Carol Jessen, *Kozo*, 1994Carol Jessen, *The Paper Makers*, 1992

entre ambas naciones y evidencia otra de las fortalezas de México: la seguridad, pues este vuelo evita sortear las restrictivas medidas de seguridad que implica pisar territorio tanto de los Estados Unidos como de Canadá.

Si el Pacífico es el océano del futuro, tanto Japón como México tienen frente a los Estados Unidos una ventana histórica hacia el liderazgo a través de California, cuyos primeros socios comerciales son estos dos países.

Sólo México supera el monto total de mercancías exportadas por California hacia Japón, en 2001 sumaron los 14,600 millones de dólares. Desde la década de 1970 las multinacionales japonesas se mantienen como los principales inversionistas en California y de hecho, durante los años noventa fueron las principales generadoras de empleo.

Evidentemente los cambios de la competitividad internacional de Japón reflejan las transformaciones estructurales de su economía, que emerge como el reflejo de una industria nacional consolidada que aprovecha las ventajas competitivas locales.

Para establecer políticas económicas y comerciales adecuadas, es necesario referir el papel y la incidencia de China frente al triángulo comercial Japón-México-Estados Unidos.

El único país latinoamericano que enfrenta la competencia de China en el mercado estadounidense es México, pues exporta casi los mismos productos: tecnologías de la información, artículos de consumo electrónico, prendas de vestir y manufacturas.

Aunque los Estados Unidos es el principal mercado de las exportaciones mexicanas, las ventas chinas en dicho país sostienen ritmos de crecimiento cada vez más acelerados. En 2003 la participación de China en el mercado estadounidense fue del 12 por ciento, lo que superó a México por primera vez en la historia.

Respecto a la balanza comercial México-China, nuestro país registró un déficit comercial de casi 23 mil millones de dólares en 2006, el mayor en su historia con el país oriental. Algunos pronósticos señalan que de aquí al 2010 será de 100 mil millones de dólares.

La globalización económica no sólo ha implicado altos costos competitivos para naciones cuya infraestructura es inadecuada. Si éste es el siglo de la globalización y el conocimiento, los países que lo protagonicen serán los que estén en condiciones de afrontar el costo de la transformación social.

La realidad nos impone vivir con la paradoja de que en el mundo global los países necesitan políticas que consideren el ingrediente nacional, la crisis moral y de valores de las sociedades modernas.

Hay una clara tendencia a transitar de industrias de uso intensivo de mano de obra a industrias de capital y tecnología. Tanto China como México ofrecen al mercado mundial una mano de obra barata como atractivo a los inversionistas, sin embargo, esto no es garantía de desarrollo económico.

Es necesaria una nueva generación de acuerdos comerciales, que no sólo establezcan la apertura de fronteras físicas y arancelarias, sino un compromiso y garantía de respeto frente a la agresividad de los titanes comerciales.



Carol Jessen, *The Promenade*, 1986

A ello hay que sumar la construcción de agendas de interés político nuevas, que permitan a los países establecer relaciones basadas en el aspecto económico, político y geoestratégico.

México es geoestratégico no sólo por sus materias primas o su mano de obra barata, sino como plataforma de exportación hacia los Estados Unidos. Del total de las plantas maquiladoras establecidas en la frontera norte de México, el 64 por ciento tiene su casa matriz en los Estados Unidos, particularmente en California y el 7 por ciento en Japón.

Sin considerar las inversiones realizadas por las empresas japonesas ubicadas en los Estados Unidos, en 2005 la inversión directa en México creció 3.3 veces más que el nivel observado en 2004.

No obstante, como ya señalamos, México no ha encontrado la manera de capitalizar sus recursos humanos y aprovechar su ventaja geográfica; su retraso en materia educativa es evidente y su sistema fiscal recauda pocos ingresos, lo que prácticamente ha paralizado la renovación estructural.

Los últimos veinte años del siglo XX sirvieron para consolidar el mundo en organismos supranacionales y asociaciones económicas comerciales y políticas. El *Nuevo Mundo* necesita de algunas actualizaciones fundamentales en relación a los escenarios que despidieron el siglo anterior.

Las asociaciones comerciales creadas entre los países más desarrollados y los más poblados movieron dramáticamente el concepto de nacionalidad económica y financiera, pero también abrieron incógnitas de primer orden en el campo social.

Necesitamos crear mecanismos de desarrollo social que prevean el impacto territorial de la globalización. La transición de una economía industrial a una del conocimiento, que garantice la seguridad nacional y regional,

así como la superación del persistente estancamiento económico de las naciones más desfavorecidas es la oportunidad que brinda este momento histórico, y podría perderse si los países no toman decisiones y acciones eficientes y adecuadas.

Quince años después de la firma de los grandes tratados comerciales y ante la crisis de los organismos supranacionales, necesitamos consolidar iniciativas que actualicen esos instrumentos y protejan a los países. De nada servirá concentrar en China o en algunos países de América Latina la condición de fábricas del mundo, aprovechando su explosión demográfica —se prevé que del 2010 al 2025 China crezca un 7 por ciento y México un 13 por ciento—, si esto supone el destrozo ecológico y social del planeta.

La disyuntiva globalización-nacionalismo no es falsa ni maniquea, en el vértice del fracaso entre los sistemas socialistas y el mercado, muchas economías —en especial aquellas que gozan de autosuficiencia energética—, empiezan a centrar sus esfuerzos en sus intereses locales, como Venezuela e Irán. Lo hacen con el fin de incorporarse con éxito al mundo global. El mundo moderno puede y debe integrar los valores e intereses regionales en un espíritu de colaboración que sitúe a los participantes en una situación de privilegio en relación al futuro, como sin duda puede ser el caso de la relación Japón-México.

Debemos entender que los países en proceso de desarrollo, que se han especializado en procesos productivos intensivos y mano de obra barata para la elaboración de productos de exportación, son sólo una rama de la integración productiva internacional, y fortalecer esta parte del proceso es indispensable para consolidar un mundo globalizado y constantemente enlazado a través de las tecnologías del conocimiento como sin duda es este siglo XXI. **[U]**